

LOS PROBLEMAS DE COLOMBIA

EL DEBILITAMIENTO DEL ALMA NACIONAL

En Colombia, país en donde—característica poco halagadora—se pasa con una rapidez desconcertante de un extremo al opuesto, descendimos no ha mucho de un optimismo tan exaltado como peligroso al más desolador pesimismo. De éste, por ley natural, empezamos a reaccionar a su turno, pero es conveniente, antes que las ilusiones engañosas nos priven de nuevo de un lúcido y ponderado examen de nuestras condiciones y circunstancias, hacer examen de conciencia. La morbosa contemplación de los defectos resulta infecunda, pero se impone un análisis detenido de la situación espiritual del pueblo colombiano con el propósito de corregir cuanto en él haya de erróneo o deficiente.

La crisis fiscal y económica es motivo de hondas disquisiciones respecto de su origen, proyecciones futuras y manera de conjurarla. Bien está que sea así; pero hay otra crisis, acaso más honda y trascendental, que merece mayor atención, si se quiere prevenir a tiempo la influencia mortal que ella puede tener en la evolución de nuestra Patria. Nos referimos al debilitamiento del alma nacional.

El problema existe, y no sería cuerdo querer negarlo con frases de efectista elocuencia, henchidas de un patriotismo tan inocuo como mal encaminado, cuando no contraproducente. Tengamos el valor de reconocer su existencia, no a fin de declararnos impotentes para conjurarlo, sino con la intención firme y sostenida de hacerle frente hasta dominarlo por completo.

REGIONALISMO

Los síntomas que de ese problema se presentan son múltiples, y cualquier observador puede señalar de paso muchos de ellos. Por nuestra parte, sólo pretendemos indicar algunos de los más notorios.

Si se examina con cuidado la extensión geográfica que cobija el nombre de Colombia, del mar Caribe al Amazonas, del océano de Balboa al Orinoco, surge la conclusión de que quizá no aparece en la totalidad de ella un vínculo moral que sea común a todas sus regiones, que les sirva de lazo de unión para fundirse en un solo bloque, sólidamente fijo en el pasado y armoniosamente orientado hacia el futuro. Intereses, aspiraciones, costumbres, conceptos, hombres (con muy escasas excepciones), son regionales, y la forma en que se manifiestan las actividades de esos factores, turba en muchos casos la vida nacional.

Al decir que aparecen regionales y no nacionales, queremos decir, no lo que son intrínsecamente, sino la forma en que surgen al exterior; la apreciación que determina sus manifestaciones públicas. Más definido y consciente fuera el sentimiento nacional, y entonces, como los colores que giran en una rueda se funden en el blanco, se armonizarían esas manifestaciones en el armazón del amor a la Patria.

¿Parecerá excesiva esa opinión? Probablemente. Pero preguntamos: ¿cuál de las aspiraciones de Cúcuta es compartida por Pasto? ¿Qué tradición de Cartagena la Heroica es considerada como propia en Ibagué? ¿Los intereses de Barranquilla son mirados de la misma manera en Medellín? El ciudadano de prestigio en el Valle del Cauca ¿tiene igual estatura moral en Boyacá? *Et sic de ceteris*. Claro está que al hacer esta última interrogación no hemos querido referirnos a los hombres políticos, quienes (para su respectivo partido) son gran-

des hombres dentro y fuera de las fronteras de la Patria.

¿Y la historia?, se nos dirá. Efectivamente, es ese el troquel prodigioso en que se funde el alma de las nacionalidades. Pero su olvido y abandono casi completos, en su amplio sentido y enseñanza, por las generaciones colombianas, es precisamente el punto sobre el cual queremos tenazmente llamar la atención.

Los argumentos para contradecir la tesis de la oposición latente de intereses entre las diversas regiones del país, son fáciles de encontrar, aparentemente, y unas cuantas frases relumbrantes pueden hacer que continuemos durmiendo en el seno de una engañosa confianza. Pero basta estudiar con un poco de cuidado las numerosas manifestaciones de esa pugna en la prensa y en las Cámaras Legislativas, para sentir una honda inquietud. Choques de ideas, incruentos, se dirá, y en que no hay que lamentar la pérdida de una sola vida. Cierto. Pero es el caso de recordar el famoso apóstrofe de Sheridan y declarar que si no se vierte una sola gota de sangre, el decoro nacional, en cambio, fluye por todos los poros en esos brotes feroces de regionalismo.

LOS BIENES NACIONALES

Otro síntoma del mal es la alegre precipitación con que en la mayoría de los casos nos desprendemos los colombianos de los derechos que como particulares tenemos a tierras y minas, hidrocarburos y baldíos, sin que en el ánimo de quien busca fácil mercado para sus bienes surja la idea de si al proceder con ese aceleramiento con prescindencia de la calidad del comprador, se infiere o no daño a la Patria. En más de una ocasión la masa de los ciudadanos condena severamente al que así ha procedido, sin perjuicio de que, individualmente, cuando llegue el caso, cada uno a su turno se precipite a seguir el ejemplo condenado.

Puede también anotarse la indebida ingerencia que se permite a los extranjeros en cuestiones que atañen exclusivamente a la soberanía de la Nación. Y aquí es preciso aclarar plenamente el concepto. Somos partidarios decididos de que al súbdito o ciudadano de otro Estado que nos visite o se radique entre nosotros se le haga sentir, en toda su amplitud, que no es una regla escrita sino la manifestación de una realidad, el principio de que el extranjero goza en Colombia de los mismos derechos civiles que los nacionales, y queremos también que encuentre doquiera una atmósfera de simpatía real, de la más amplia y generosa hospitalidad en forma tal que en cada momento se congratule de haber pisado nuestro territorio. Pero hay materias, verbigracia, las que se refieren al manejo de las relaciones diplomáticas de la Nación, en las cuales ningún pueblo que tenga conciencia de su dignidad y del puesto que le corresponde en el concierto internacional, admite la intervención del extranjero. Con pasmo y con dolor hemos visto que tales ingerencias son no sólo toleradas sino aplaudidas por colombianos a quienes la vanidad de pisar los salones de una legación les hace olvidar a veces las más elementales nociones de patriotismo y decoro.

INDIFERENCIA POR LA HISTORIA

Pero es la indiferencia por nuestra historia el síntoma más significativo del debilitamiento del alma nacional. Porque la Historia constituye el factor más esencial de esta «unidad de conciencia» que un eminente profesor italiano considera como el factor mismo de la nacionalidad. Se advierte, dice uno de nuestros preclaros escritores, Carlos Arturo Torres, que, en la tendencia a formar patria, los pueblos que tienen historia mediocre la agigantan, y los que no la tienen la inventan. Sucede en Colombia un fenómeno inverso. Cuando en la gesta de la Conquista, y, sobre todo, en

la epopeya de la Independencia, podemos ostentar caracteres dignos de simbolizar una raza, hechos que pueden parangonarse con otros que pueblos extraños ensalzan orgullosos, o los miramos con despectiva indiferencia, o pasamos ante ellos con una actitud espiritual que tiende hacia el nivelamiento por lo bajo.

El joven elegante que en uno de nuestros salones pontificaba que Sucre era un negro asesinado en el Ecuador, no es, infaustamente, una fantasía de Tomás Rueda Vargas en las páginas deliciosas que consagró a la Sabana de Bogotá. Quien se haya tomado el trabajo de sondear el término medio de conocimientos que sobre disciplinas históricas poseen las clases directivas de nuestra sociedad,—de las clases populares superfluo sería hablar en este caso,—tiene que confesar con tristeza que es muy escasa la importancia que a tales materias se ha dado en la formación de las nuevas generaciones, y en general, en la cultura de nuestro pueblo.

Múltiples son los detalles que podríamos aducir para comprobar esa dolorosa verdad. Basta con indicar unos pocos. En el Colegio Mayor del Rosario, el más ilustre de nuestros planteles de educación, no existe, o no había hasta hace poco, por no figurar en el *pensum* del Ministerio de Educación, para la segunda enseñanza, cátedra de Historia Patria. En otro célebre colegio se enseñaba en nuestros tiempos Historia de Colombia por un texto de autor extranjero en el cual Bolívar aparece poco menos que como un audaz traidor a la Corona de España. Y los miembros de la Academia de Historia — ese ejemplar instituto que por más de cinco lustros ha sido un foco de intelectualidad y de patriotismo — saben, con íntimo desencanto, cuán titánico es el esfuerzo que hay que realizar, año tras año, en la capital de la República (en los Departamentos es esa una fecha casi ignorada), para que se festeje el aniversario del 20 de julio de 1810, disponiendo sólo de una

cantidad irrisoria que nuestros Congresos, que no tienen escrúpulos para erogar millones en cualquier otro objeto, le han asignado para tal efecto. Esto sin contar el desdén, si no la burla, de la mayoría de los ciudadanos ante tal empeño. Y no ha faltado, por ejemplo, un director de plantel, que ostenta el calificativo de nacional, que haya respondido, al negarse a tomar parte en actos patrios: «Nada tengo yo que hacer con los próceres».

¡Y si fuera eso todo! Pero aún hay más. No faltan historiadores que buscan con morbosa delectación y lente de aumento, el inevitable fermento humano en nuestros hombres representativos para llegar, satisfechos, a la conclusión de que no tienen ninguna grandeza. No nos oponemos; por el contrario, pedimos que en las páginas serenas de la Historia se precisen las luces y las sombras que hay en tales conductores, y decimos, con don Ricardo Becerra: «Menos dioses en nuestro Olimpo y más hombres en nuestra Historia». Pero es lo cierto que los pueblos que tienen en realidad un espíritu colectivo y un alma nacional, dejan a los profesionales el buscar con el escalpelo la tara o la llaga en los superhombres, y no ven en ellos, como dijo en frase de soberana elocuencia don Santiago Pérez, la marca vulgar de la injusticia contemporánea, que desconoce sus frentes iluminadas, si fueron apóstoles, y sus palmas hendidas, si fueron mártires. Para Francia, recordemos, no es Carnot el regicida miembro del tétrico comité de Salud Pública, sino el gran «organizador de la victoria»; y Thiers se destaca, no como el mandatario que hace ametrallar inmisericordemente a las hordas de la Comuna, sino como «el libertador del territorio». En la Argentina se levantan estatuas y se rinde creciente culto al General San Martín, sin que a ninguno se le ocurra formarle proceso por sus ideas monárquicas. Los norteamericanos están demasiado or-

gullosos de sus hombres para ocuparse en inventariar las copas de whisky con que el General Grant obsequiara a sus compañeros de armas.

NUESTROS GRANDES HOMBRES

En Colombia—sin contar al Libertador, que es nuestro también, como Padre y alma de la revolución emancipadora—tenemos en la época más significativa y trascendental, por la importancia de la causa que determinó sus actividades, a lo menos tres figuras proceras que pudieran, con exceso de merecimientos y grandeza inequívoca, simbolizar a la Patria, y ser troquel prodigioso a fin de fundir con su prestigio, en un solo haz, las fuerzas todas de la nacionalidad para la conquista del futuro. Superfluo parece nombrarlos: Nariño, Santander, Camilo Torres. Puede el ciudadano tener sus preferencias, colocar a uno de los tres por encima de los otros dos, pero no es aventurado afirmar que cualquiera de esos próceres podría haber presidido con honor, en nombre de la tierra colombiana, el Hall de las Américas en el Palacio de la Unión Panamericana.

Nariño, el caballero andante de la libertad; gran señor en los salones, en los campos de batalla, en las horas de apoteosis y en las de amargura; el heraldo elocuente de la emancipación y el realizador de la independencia absoluta de Cundinamarca; el Senador elocuentísimo y el hombre de Estado que supo ver el momento en que el federalismo era un error; y ese otro en que pudiera haber salvado la unidad de la Gran Colombia. Santander, el indiscutible organizador de la victoria, cuya participación en la campaña redentora de la Nueva Granada es preeminente, y para quien el Libertador no encuentra frases suficientemente entusiasmadas a fin de ensalzar la obra realizada al frente de los destinos de la nueva República; el eslabón firmísimo en hora tal vez decisiva, de la tradición legalista que

constituye el más alto timbre de nuestra evolución política. Camilo Torres, el apóstol de insuperable elocuencia de la revolución; el maestro por la rectitud del carácter y la fe en la santidad de la causa; el «ajusticiado» por antonomasia, cuya cabeza de soberbio perfil es la flor más sangrienta y magnífica de la cosecha del martirio.

¿Hemos hecho los colombianos el esfuerzo natural y lógico para destacar esas figuras, nimbándolas de gloria, en la conciencia de nuestro pueblo, en las páginas de la Historia, en el estadio de América? Nó, hay que confesar, sin hipocresía que nada justifica. Nariño — a quien tardamos cien años en erigir una estatua — es aún para muchos algo así como un cacique bogotano, que antepuso sus ambiciones a las necesidades de la Patria, y que, con criterio menos que parroquial, midió el porvenir de la revolución. Contra Santander siguen escribiéndose páginas tan nutridas de detalles laboriosamente recopilados como ayunos totalmente de filosófico criterio de lo que es la Historia. Los que consideran la forma centralista en el Gobierno como el eje de la vida constitucional del país, no perdonan a Camilo Torres su decisión incontrastable por el federalismo. ¡Y cuántos próceres que ofrendaron su fortuna, las brillantes perspectivas de su carrera, su vida misma en aras de la República, no tienen una calle que recuerde su nombre, un sencillo monumento, una lápida siquiera que evoque sus figuras ante la imaginación, impregnada de curiosidad, de los niños que han de ser los conductores del mañana!

Observa un pensador que, contradiciendo las predicciones de muchos sociólogos, el final de la guerra mundial, que debía señalar la terminación de las fronteras y el principio de una era en que el hombre se considerara ciudadano del universo, ha determinado no sólo el resurgimiento de antiguos Estados, como Polonia,

sino un movimiento de intenso nacionalismo en todas las regiones de la tierra. Cada pueblo se ha situado dentro de las fronteras y con las tradiciones que considera históricas. Consecuencialmente de ese movimiento proviene la boga creciente en la evocación de los hombres representativos, de las acciones preclaras, de las etapas características. La Historia continúa siendo, quizá, cada día más, el imán a donde convergen las aspiraciones de los seres que juzgan deben vivir en un determinado territorio, bajo ciertas instituciones, al amparo de una misma bandera y de un escudo que en sus cuarteles y colores simboliza la existencia misma de un conglomerado social. ¿No es, por tanto, inquietante, ese desvío de los colombianos por la historia de la Nación, esa indiferencia por los antecedentes y la evolución de la Patria?

EL IDIOMA

Si de la Historia pasamos al idioma, no es más consolador el análisis. Muy pocos parecen recordar la áurea sentencia de Rufino José Cuervo: «Nada simboliza tanto la Patria como la Lengua». Parece que existiera una corriente incontrastable para menospreciar el lenguaje que hizo de oro el noble manco don Miguel de Cervantes, y que culminó en nuestros anales en cláusulas como las del *Semanario*, la *Defensa ante el Senado* o el *Memorial de agravios*. Para hoteles y teatros, sitios públicos y almacenes, deportes y diversiones, no se cree que puedan tener éxito si no van bautizados con nombres extranjeros, de preferencia ingleses. Todavía más: para haciendas de tradicional abolengo, en poblaciones antiguas, se nota el empeño en cambiar las voces con que eran conocidas por muchas décadas de años, por otras de flamante importación venidas de otras latitudes. Y es curioso anotar que muchos de esos nombres, servilmente coplados, resultan entre nosotros cómicamente anacrónicos, por cuanto ellos responden

en el país de origen a circunstancias históricas o geográficas que ninguna relación tienen con las peculiares de Colombia. Comprendiendo la fuerza que como vínculo de un ideal común tiene para los pueblos el idioma, el Duce de Italia persigue todos los nombres extranjeros o simplemente exóticos. Entre nosotros, al paso que llevamos, no tardará el día en que la iglesia que el Conquistador Cristóbal Ortiz Bernal dedicó a la Virgen de Las Nieves sea llamada *Notre Dame des Fleurs*, y la Calle del Arco, aureolada con tantas leyendas coloniales, *Wall Street*.

RELIQUIAS DEL PASADO

Ese despego por cuanto significa tradición, vínculos de continuidad entre las sucesivas generaciones, ha llegado entre nosotros al extremo de que ya resulta difícil hallar edificios, muebles u otros objetos que revelen, con su arquitectura o su estilo, el alma de una época. Al paso que naciones, que se estiman eminentemente prácticas, como los Estados Unidos, se preocupan por conservar con el más celoso cuidado las reliquias de los tiempos idos, y enseñan orgullosamente al visitante, en universidades y templos, muebles y retratos que apenas si cuentan con poco más de un siglo de antigüedad, en Colombia el retrato del abuelo que vertió su sangre por la República en el cadalso o en los campos de batalla, há tiempo que, arrinconado en un desván, perdió todos sus rasgos y colores; el armario antiguo de tallada madera, cuyas gavetas guardaron las cartas de amor de las bisabuelas y las miniaturas de seres queridos, ya no es sino un recuerdo, pues fue vendido a menosprecio para cambiarlo por otro que tiene la ventaja de ser idéntico a los que se ven en las casas de los vecinos; el reloj centenario, que marcó con su campana las horas de alegría y de pena, de seres que há tiempo duermen en la tumba, fue cambiado, con beneplácito general, por otro moderno que no discrepa

una línea de millones que se ven en todos los sitios. . . Al joven colombiano que juzga, con marcada impertinencia, que para ser realmente «un hombre práctico» tiene que romper toda vinculación con el ideal, todo haz con las tradiciones luminosas, quisiéramos presentarle como ejemplo al norteamericano profesor de energía, que exhibe en su vitrina el objeto modesto que le sirve para comprobar que no es un producto de generación espontánea en la sociedad en que vive.

Como es natural, esa destrucción de las reliquias antiguas es aún más visible en la arquitectura. La fricción con que derribámos las viejas casonas o tradicionales edificios, sólo puede compararse al odio con que hacemos venir a tierra el árbol, que debería ser sagrado, lo mismo en la vía pública que en la inmensidad de la llanura o en la penumbra del bosque tropical. Para curarnos del escrúpulo de que tales fábricas merecen respeto, sabios técnicos, con lujo de razones, nos demuestran, verbigracia, que el claustro de Santo Domingo no puede rivalizar con la Cartuja de Burgos; que la morada del Marqués de San Jorge es inferior a la Casa de Pilatos de Sevilla; que la Recoleta de San Diego—para salvaguardar la cual debería bastarnos la poesía de que la impregnó para siempre la dulcísima figura de nuestro Lirio de Asís—no es un modelo de proporciones ni de estilo. Inútil erudición. No sabemos de nadie que haya pretendido tan arrogantes comparaciones. Pero sí hay algunos escasos ciudadanos que consideran, seguramente de manera errónea, que convendría conservar esos recuerdos de nuestra arquitectura colonial, no con la pretensión de que en ellos se inspiren los artistas de otras naciones, sino como enseñanza de límite a que llegó la nuestra, como venero de crónicas y consejas de generaciones desaparecidas para siempre; que estiman que ellos sirven para conservar a la capital de la República cierto aspecto señorial, cier-

ta pátina que la salve de esa banalidad inevitable para las urbes recién nacidas.

Al efecto recordamos este detalle. Cuando el Embajador de Su Majestad Británica, Sir Maurice de Bunsen, visitó a Colombia en misión extraordinaria, uno de los números del programa de recepción de la capital fue llevar a Su Excelencia a recorrer los edificios modernos de la ciudad. El noble inglés, viajero observador por las cinco partes del mundo, debió quedar deslumbrado (cosa que no podríamos garantizar), pero sí recordamos muy bien que después manifestó el deseo de conocer algún sitio que evocara la historia de Santafé de Bogotá. Y al pasear sus ojos por el patio principal de Santo Domingo, lo oímos murmurar: «Esto es diferente. Este edificio sí tiene carácter».

No pedimos, hay que precisar, que se conserven todas las construcciones antiguas, por el hecho de serlo, pero sí que se respeten siquiera unas pocas reliquias de la edad colonial, seleccionándolas. Hay algunas, como las prodigiosas murallas de Cartagena, que constituyen un invaluable monumento de toda la Nación. Y, concretándonos a Bogotá, nos contentaríamos con que se respetaran los tres edificios mencionados, si esto no parece demasiada exigencia a los que consideran el afectó por las antigüedades un manifiesto signo de inferioridad.

Aquellos que sostienen que, por no resistir la comparación con las obras maestras de la vieja Europa, las casonas y templos, retratos y muebles antiguos han de desaparecer, deberían ser lógicos en sus opiniones, y vaya este otro ejemplo, pedir que se supriman los medallones de Vargas Tejada y José Fernández Madrid que lucen al frente del Teatro de Colón, dado que esos modestos fundadores de la comedia y el drama granadinos no pueden hombrarse con Shakespeare, cuya efigie señorea a Covent Garden, ni con Molière, numen

de la Comedia Francesa. La producción colombiana en todas las esferas es, bien lo sabemos, de relativa importancia, según la medida de comparación, pero hay que rendir respeto a las manifestaciones iniciales de la cultura que es nuestra, y bien están allí el autor de las *Convulsiones* y el poeta de las *Rosas*, como precursores del teatro nacional, que acaso más tarde haya de ser glorioso y cuyos orígenes, por tal motivo, podrían atraer la atención de críticos de renombre.

LA INFIFERENCIA NACIONAL

Esa indiferencia desdeñosa de los colombianos por cuanto es nacional, literatura y ciencias, música y pintura, la han observado cuantos, nativos o nó del país, han estudiado sus modalidades. No juzgamos nosotros, —tal vez será superfluo decirlo— que debemos incurrir en esa exageración tropical de colocar lo nuestro sobre lo que otros pueblos ostentan con justo motivo de orgullo. No repitamos, verbigracia, ingenuamente, que la *Misa Negra*, obra famosa del Maestro Quevedo, fue escogida entre toda la música religiosa del universo para los funerales del máximo Pontífice León XIII. Pero si el extremo de hinchar lo propio no es aconsejable, tampoco le resulta el opuesto de denigrar cuanto se ha producido o se produce en la tierra natal.

Nacionalidades conscientes de tener un alma colectiva, como la Argentina, han hecho triunfar sus producciones musicales en París, y luchan a brazo partido por imponer su teatro en el Viejo Mundo. Entre nosotros, quien lee a Marcel Proust o a Geraldine se cree minorado en su elegante cultura si admira *La Vorágine* de Rivera o recita un soneto de aquellos en que magistralmente el doctor José Joaquín Casas ha aprisionado un aspecto de nuestro medio social. Cuando en España se estudia cada día con mayor interés la influencia extraordinaria que ejerció José Asunción Silva en

la renovación de la lírica castellana, no faltan quienes crean de buen tono darse aires de cierta benevolencia compasiva para juzgar los versos del maravilloso poeta. ¡A cuántos hemos oído censurar la generosidad con que humanista tan docto como don Antonio Gómez Restrepo saluda la aparición de nuevos escritores colombianos! ¡Cuántos, también, lamentan que Luis Eduardo Nieto Caballero consagre a obras nacionales su brillante y fecunda pluma! No saben quienes así piensan que esos beneméritos compatriotas realizan una obra meritoria, aun cuando los temas de sus escritos no estén siempre a la altura de los comentadores.

Que nuestra música necesita depurarse, refinarse, aristocratizarse, por decirlo así, bien está, pero no proclamemos, con tono de infalibilidad, que en ella no hay un solo elemento aprovechable para crear una obra nacional. Y si ese elemento existe, si el arte puede sublimar el toque de emoción hondísima que cada hijo de Colombia siente, al oír desgranar, en tierra extraña, las notas de una guábina o de un bambuco (siquiera sean ellos de remoto atavismo africano) ¿por qué no tomarlo como materia prima, en vez de pedir la importación a todo trance de música popular extranjera?

Respecto a la pintura—y en términos generales podría ampliarse el concepto a toda nuestra producción literaria y artística—no es posible dejar de mencionar este hecho, que constituye por sí solo una enseñanza bien sugestiva y elocuente. Críticos de un ingenuo dogmatismo nos habían declarado ya, *ex cathedra*, que Vásquez Ceballos nada valía; que era inútil buscar en él el luminoso punto de partida de una escuela que pudiéramos considerar propia. Pero hé ahí que surge un verdadero artista—cuya temprana pérdida jamás lamentaremos suficientemente—y Roberto Pizano, en un libro que no solamente es una obra hermosísima sino un acto de auténtico patriotismo, levanta el más firme pedestal

al pintor santafereño y hace que su mérito sea aplaudido por autoridades europeas. ¿No tendrá este ejemplo continuadores? No enseñará él la vía a quienes—lo decimos con temor—pierden acaso su tiempo al procurar tras lecturas superficiales de Ruskin o de Painter, juzgar las grandes obras extranjeras, ya sablamente analizadas en sus países de origen, en vez de volver los ojos y la imaginación a la tierra natal?

MEDIOS DE COMUNICACION

Dejando a un lado la enumeración de síntomas de ese debilitamiento del alma colombiana, advertiremos también que es tanto más inquietante cuanto que teníamos como un axioma incontrastable el de que los vínculos de la unidad nacional se fortalecerían a medida que aumentarían las vías de comunicación entre las diversas regiones del país. Ahora bien: ferrocarriles y carreteras se han desarrollado considerablemente en esta última época (en forma, en verdad que no corresponde ni con mucho al enorme costo que representan), y nos encontramos en presencia del problema de que el regionalismo, en su aspecto más disolvente, es, no obstante tal circunstancia, hoy más agudo que nunca.

Y aquí cabe sugerir timidamente una teoría. Creemos nosotros que los modernos métodos de comunicación fácil—nos referimos sobre todo a sus dos formas más sobresalientes, el automovilismo y la aviación—no pueden ser por sí mismos factores de adhesión y afecto a determinada parte de un continente, por cuanto, de manera inevitable, tienden a promover en el espíritu del viajero una modalidad cosmopolita que borra las fronteras y funde en un sentimiento de amable indiferencia a todos los pueblos. Claro está que no pretendemos comparar las ventajas que ofrecían los medios antiguos de comunicación con los que tienen los modernos, ni menos aún dar la preferencia a los primeros sobre los segundos. Pero sí nos parece que el ciudadano que reco-

rría al paso tardo de su cabalgadura los caminos trillados de su suelo natal, tenía mayor oportunidad para ponerse en contacto con la tierra y con sus habitantes, de conocer sus riquezas y sus necesidades, de sentirse unido a la tradición y al paisaje que el que pasa como un relámpago, llevado por el motor de un automóvil o de un hidroavión. Para el viajero moderno los hitos que señalan las fronteras internacionales desfilan ante sus ojos con tal rapidez, o se hallan tan distantes, allá abajo, de sus miradas, que no puede anotarlos, y es lógico que no logre precisar en su imaginación el concepto de las características y diferencias que hay en aquende y hallende esos hitos, ni perciba claramente la noción de Patria que ellos implican. No debemos, por tanto, esperar todo de las vías de comunicación, sino que hemos de combinar con ellas otros elementos.

Si existe, como parece, el mal, no hay que perder el tiempo en inútiles lamentaciones: es urgente buscar, con decisión y perseverancia, los remedios que hayan de curarlo.

REMEDIOS NECESARIOS

Múltiples son ellos, y pensadores prestigiosos sabrán sin duda señalarlos. Pero entre ellos hay algunos que nos permitimos desde ahora insinuar. Es el primero el de intensificar y fomentar ampliamente el estudio y el amor a la Historia de Colombia, no sólo por medio de lecciones obligatorias en los colegios y escuelas, sino principalmente por medios atractivos, haciendo popular para nuestro pueblo con retratos, vistas, películas cinematográficas, representaciones escénicas, etc., las figuras de los próceres y hombres verdaderamente representativos, así como los hechos culminantes de nuestros anales. La difusión de textos en imágenes, que haga agradable a los niños el aprendizaje, contribuiría eficazmente para ello, y es llegado el momento de que tanto las autoridades como los particulares, individualmente,

desarrollen una intensa campaña a fin de dar a las festividades patrias y, en un más amplio sentido, al culto a los fundadores de la nacionalidad, todo el relieve que deben tener.

Encontramos que un inconveniente, en relación con los estudiantes y ese fervor que anhelamos en ellos por la historia de su país, es el de que, precisamente, la conmemoración de nuestro día nacional, el 20 de julio, corresponde a la época de vacaciones. Necesario es verificar una reforma en ese sentido, ya que en tales actos corresponde la mayor y mejor parte a las nuevas generaciones, pues sabido es que en las mentes infantiles es en donde se graban con mayor relieve y fuerza las impresiones que determinan los conceptos.

Se impone que haya en nuestra sociedad, especialmente en las altas clases directivas, un propósito definido de conservar todo lo que en nuestras tradiciones haya de aprovechable, y de estimular, en cuanto sea posible, la producción nacional, en cualquier esfera, no para compararla ambiciosamente con la de otros pueblos que tienen centurias de cultura, sino con el intento de hacer más visible y valiosa la nuestra. Leamos los libros colombianos, visitemos las exposiciones de nuestros pintores, concurremos a oír la música de los compositores nacionales, hagamos, en una palabra, cuanto esfuerzo esté a nuestro alcance para trocar el ambiente que hoy, quién más, quién menos, siente hostil, o a lo menos de indiferencia, en uno distinto de estimulante simpatía.

Otro factor que consideramos indispensable para fortalecer la conciencia colectiva y la unidad espiritual de la Nación es dar a la Universidad central, en la capital de la República, todo el alcance, la fuerza y el prestigio que una institución de esa clase requiere. De-

cimos esto no como bogotanos, ligado por varias generaciones a la ciudad de los Virreyes y de los Presidentes, sino como ciudadanos que han podido compulsar, en las páginas de autores ya desaparecidos y en relatos de personas que aún alientan y hablan de nuestra antigua Universidad con emoción incontenible, hasta donde ella fue, no sólo el brote más alto de la intelectualidad en su época, sino el *alma mater* del patriotismo y el eje de unión de Colombia. La Universidad en cuyas solemnes sesiones de clausura de estudios rivalizaban en acentos de elocuencia y en profundidad de ideas Santiago Pérez y Rafael Núñez, José Ignacio Escobar y Ricardo Becerra, y se ufanaban en presentar los diplomas y premios los más puntillosos Ministros Diplomáticos. La Universidad en cuyas cátedras se erguían las figuras de nuestros maestros más salientes, venidos de todos los confines del país, y representaba—por cuanto en ella se oían las lecciones así de Miguel Antonio Caro, Andrés M. Pardo y Antonio R. de Narváez, como de Antonio Vargas Vega, Manuel Ancizar y Juan Mauuel Rudas—la más efectiva y fecunda escuela de tolerancia y republicanism. No continuemos incurriendo en el error, si se quiere fortalecer la unidad nacional, de seguir creando universidades departamentales, escasas de recursos, con profesorado, en la mayoría de los casos, deficiente, impregnadas de un criterio parroquial y con proyecciones limitadas a escasa porción del territorio. Bogotá, que dígame lo que se quiera, es urbe hospitalaria y amante cual ninguna, y jamás ha hecho distinción en los claustros de sus centros de educación ni en parte alguna entre sus propios hijos y los nativos de otras regiones, debe tener una Universidad preeminente en el país, cuyo prestigio se funde en el hecho de que las cátedras que se dicten en ella han de ser regidas por los hombres más sobresalientes de todos los Departamentos, a quienes se debe atraer, cueste lo que cueste, y esa *alma mater* sería uno de los

correctivos más eficaces contra el regionalismo disolvente.

Por regla general, los remedios para los gérmenes malsanos que se advierten deben ser obra no de las leyes sino de las costumbres, pero para que éstas se modifiquen en sentido favorable, es preciso imponer un concepto bien definido de que no podemos continuar en la vida que llevamos, que es necesario reaccionar contra esa indiferencia u hostilidad hacia todo lo nuestro, que va desde los fundamentos de la nacionalidad a las producciones de los compatriotas. Hay que hacer patente el culto a los fundadores de la República y visible la afectuosa disposición hacia lo que nos es propio para impulsarlo, y debemos convencernos de que sólo los pueblos que arraigan vigorosamente sus raíces en el pasado son los que pueden evolucionar consciente y serenamente hacia el porvenir.

RAIMUNDO RIVAS

Julio de 1929.